

# *El Adversario*

*Acabo de dejar a Helen en casa, preparando sus maletas. No nos quedaba mucho que decir y sin embargo se me ha formado un nudo en la garganta. En la lejanía endurecida de sus ojos azules, me ha parecido que brotaba una gota de mágica y cristalina pureza, que se ha secado con excesiva rapidez para ser tenida en cuenta. Me ha tendido la mano y yo la he abrazado, sin demostraciones excesivas que pudieran alarmarla. Me ha deseado suerte, le he dado las gracias y he partido sin mirar atrás, arrancando el motor con suavidad, acelerando progresivamente, hasta perder de vista por el retrovisor la bocacalle que tantas veces he girado para llegar a mi casa.*

*Llevo jugando al ajedrez desde los diez años. De un modo continuado, me refiero. Antes nunca había pensado en dedicarme a ello de modo profesional. Mi padre me enseñó a mover las piezas y tuvo paciencia para sobrellevar las partidas inverosímiles y casi aleatorias de todo principiante. Lo hacía con cariño, disfrutaba viendo mis pequeños progresos, hasta que un día, cuando contaba con tan sólo nueve años, le gané. Y digo le gané porque no volvió a vencerme sobre el tablero nunca más. Estoy convencido de que aquella primera vez, al ver su rey sorprendido en una celada demolidora, achacó la derrota a la falta de tensión, a que se había relajado jugando con su hijo pequeño y éste lo había aprovechado de forma casual. Mi padre era un hombre afable, juicioso y callado. Hablaba lo necesario. Me sonrió y me dijo:*

*— Me has ganado. ¿Quieres que juguemos otra partida?*

*Asentí con la cabeza y colocamos las piezas en la posición inicial. Volví a ganar. Confuso y sorprendido, me preguntó:*

*— ¿Te ha enseñado alguien a jugar así?*

*— No*

*— ¿Cómo has aprendido todo eso?*

*— Viéndote jugar.*

*Y era cierto. La mirada de un niño apresa lo que ve con avidez, sin esfuerzo aparente, sin el concurso de la consciencia. Un niño no necesita querer aprender para hacerlo, lo hace por naturaleza. El ajedrez supone una forma de pensamiento, de ordenación del mundo, un lenguaje muy acotado y lúdico. Yo*

era ajeno, exterior y hasta cierto punto artificial, había pasado a formar parte de mí mismo.

Voy conduciendo hacia el hotel, ahora estoy cruzando el puente de Brooklyn y una maraña de pensamientos y recuerdos vienen a mi mente. En los momentos cruciales se regurgita el pasado para volver a digerirlo en haces de recuerdos aparentemente inconexos. En realidad, las ligazones son tan sutiles que nosotros mismos, si no prestamos la máxima atención a lo que nos viene a la mente, no acertamos a descubrir por qué ha surgido esa imagen del pasado y no otra. En la acera, dos jóvenes se besan apasionadamente mientras espero a que el semáforo me dé luz verde. La chica viste medias transparentes, una falda negra de lycra muy ceñida y zapatos charolados de tacón. Helen solía llevar zapatos de ese estilo cuando éramos jóvenes. Desde que nos casamos hemos perdido brillo, como la chapa de un coche con la lluvia y el sol o el suelo de una casa vieja con el trasiego de gentes. Me hubiera gustado que los acontecimientos se hubieran desarrollado de otra manera, como ocurre en los grandes proyectos que forjamos en la niñez, en la adolescencia e incluso en esa juventud tardía en la que la esperanza se mantiene con buena fe y una rebaja sustancial de nuestras ilusiones.

Bergman se equivocó. La verdadera partida no se juega con la muerte, sino con la vida. Ella nos va preparando para el último y definitivo round a través de sucesivas decepciones. Todo fracaso es, en último término, un anticipo de la muerte. El personaje de Max von Sydow había perdido hacía mucho la partida con la vida, tras la experiencia esclarecedora de las cruzadas. Mi padre adoraba las películas de Bergman. Según él, poseían un significado "trascendental", más allá de los cánones comunes. Él nunca me obligó a jugar, no era como otros padres. Desde el principio asumí mi propia responsabilidad. No venía a verme jugar. Al principio, yo veía esta actitud como una muestra de negligencia y desinterés, aunque no le di mucha importancia. Es agradable que los demás se interesen por ti, que vayan a verte, que te pregunten cómo lo has hecho, que se alegren de tus victorias y lamenten tus derrotas. Tiempo después, comprendí que lo hacía por mi bien.

En mi primer gran torneo no perdí ninguna partida. No sé si lo hubiera ganado de no haber sido por el padre de mi contrincante, un niño rubio trigueño, de mejillas sonrosadas rebosantes de pecas y mirada esquiva. Los dos contábamos con un desarrollo muy equilibrado. El chico se apoyaba en sus codos sobre la mesa, y apretaba el labio inferior con los pulgares. Su juego fue brillante hasta que vio a su padre, que le observaba a mi espalda. La cara de mi pequeño rival se consternó, y en sus ojos se reflejó el miedo y la imagen de su padre. La expresión severa, los ojos hundidos en el rostro cetrino, las ojeras rodeándolos en forma de bolsitas moradas: la presión. Una pieza del tablero cayó, y el árbitro vino para ver lo que sucedía. Colocamos la pieza en su lugar y, cuando el árbitro se marchó, no me hizo falta mirar por debajo de la mesa para comprobar que al chico de pelo trigueño le temblaban las piernas.

tenso debido al ajedrez. *Es difícil compartir la vida con alguien que odia lo que tú amas. A veces pienso que me equivoqué con ella, que no era la chica adecuada, que necesitamos compañía porque la soledad nos acecha y hay que mitigarla de alguna manera, y por eso elegimos una compañera, por eso nos precipitamos en elegir, o nos precipita la vida, o la fuerza de la gravedad, qué sé yo.*

*Ya casi he llegado al hotel, a pesar del tráfico, saturado a estas horas de la tarde. Ellos regresan a sus hogares, con la mirada perdida en el coche de enfrente y la mente en otra parte, pensando en qué sillón comprar para la salita de estar, en la bronca que acaban de tener con su jefe, en su carrera profesional, en qué regalarle a su novia por su cumpleaños, en lo lenta que se hace la circulación cuando todos vuelven a sus casas. Son las tres y un sol de justicia castiga desde su torre celeste, un sol que se cuele entre los rascacielos de cristal y acero. Hoy voy a jugar la última partida del torneo. Ayer por la tarde repasé las líneas de apertura más típicas de mi adversario junto a mi asesor. En realidad no hace falta, nos conocemos de sobra. Es ese chico rubio trigueño de mirada temerosa, pero más mayor. De nuevo, si le gano, el torneo será mío. Sólo que, en lugar de jugarnos un trofeo y algo de dinero, nos jugamos la admiración del mundo.*

*No me gusta el sol de Nueva York, ni sus calles abarrotadas de coches, ni su polución, ni el estrés permanente en el que viven sus habitantes. Por eso vivo en Nueva Jersey, en un pueblo tranquilo donde nunca pasa nada. Mi padre y yo íbamos a pescar a un lago de montaña los domingos por la mañana. El nunca hablaba de mis éxitos sobre el tablero, pero yo sabía que, en lo más profundo de su ser, se sentía orgulloso de mí. Pasábamos largas horas esperando a que algún pez picase el anzuelo, sentados en alguna roca entre los abedules, dejando escapar los minutos en la apacible contemplación de los pequeños cambios. El lago producía olas diminutas, y su continuo chapoteo nos proporcionaba la única medida del tiempo, junto con la ascensión del sol desde la línea del horizonte hasta su cénit. Yo me entretenía en incordiar a los insectos que atrapaba, mientras mi padre fumaba en su pipa tabaco perfumado tras incrustar las cañas en el roquedal. Sobre la superficie líquida se reflejaban el cielo y los árboles de la orilla opuesta, que formaban una línea aserrada y oscura contra el azul celeste. De vez en cuando, una carpa saltarina sobrevolaba con agilidad un trecho de agua, para sumergirse inmediatamente, dejando tan sólo una estela burbujeante y un haz concéntrico de ondas.*

*Aprendí a amar los largos silencios que se sucedían entre los dos. Nunca me sentí incómodo, no había necesidad de hablar y ambos lo comprendíamos. Sentado en una roca junto a él, con la mirada fija en el agua, podía percibir la armonía universal, se respiraba una tranquilidad tan intensa que daban ganas de quedarse allí para siempre. Sí, nos hacíamos compañía y nos comunicábamos sin palabras.*

jurados de la garita de vigilancia. Uno de ellos me ha deseado suerte. Quién no la necesita. He arañado el Buik contra una columna de hormigón, de esas que pueblan los subterráneos como un bosque de troncos cuadrangulares. Los coches americanos ostentan dimensiones desmesuradas y se manioobra con dificultad en el interior de un p rking subterráneo. Los europeos, más pequeños, son muy útiles en las grandes ciudades y en trayectos cortos. Si se viaja de California a Florida, conviene uno de estos coches desmesurados, con un depósito que no te obligue a repostar cada seiscientos kilómetros. Helen y yo hemos viajado por toda la geografía de los EEUU, de torneo en torneo, en nuestro viejo Buik. A los dos o tres años ya disponía de suficiente dinero como para desplazarme en avión, y empezaron los viajes a Europa y una vida de exilio voluntario.

Hasta que Helen empezó a dar muestras de cansancio. Ella quería una vida normal en una ciudad tranquila que yo no podía darle. Su ausencia en mis escapadas intermitentes mejor  considerablemente mi rendimiento pero empobreció nuestra relación. Helen me había acompañado, pacientemente, torneo por torneo, durante cinco años. Si bien es verdad que los desplazamientos se hicieron infinitamente más soportables cuando dispusimos de dinero suficiente como para viajar en avión, Helen acusaba las largas peregrinaciones de hotel en hotel, los desajustes horarios, el desasosiego de la vida inestable, en suma, de un jugador profesional. Todo ello no hubiera supuesto un obstáculo insalvable de no haber sido por dos factores agravantes: ella no amaba el ajedrez, ni siquiera le gustaba, y el principal, que Helen se sentía horriblemente sola.

Trat  de adaptarse a esa vida errante, pero no encaj . La diversidad de culturas, idiomas, la temporalidad restrictiva de las amistades, las esperas interminables en cafeterías atestadas de desconocidos, las visitas solitarias a museos alemanes, franceses, españoles, la tristeza de una habitación de hotel vacía hasta mi llegada, por la noche, hura o y desquiciado por las horas de ejercicio mental.

Yo no me daba cuenta del tremendo peso de la soledad. Ella estaba all  por mí. Yo estaba allí para jugar al ajedrez. Un día, la partida dur  casi las seis horas de límite reglamentario y se pasó la hora de la cena. Cuando emerg  de la sala, tras revisar los movimientos con algunos jugadores, Helen no me esperaba en el hall como era su costumbre. Ped  un sandwich en la cafetería y sub  a la habitación, extrañado. La luz estaba apagada y del exterior entraba el sonido de la banda que amenizaba las noches del hotel. Helen aparentaba dormir, pero cuando recorr  su rostro con mis manos estaba húmedo, y también había rastros de llanto en la funda de la almohada. Al día siguiente regres  a casa y ya nunca volvió a acompañarme a ningún torneo. Hoy he sabido que esa tarde fue la primera vez que me engañó con otro hombre.

primer gran torneo cuando todavía éramos niños y él temía los reproches de su padre y yo aún no había conocido a Helen, cuando mi padre vivía todavía y los domingos dejábamos el hogar de madrugada para pescar en el lago, entre las rocas. Al entrar en la sala, que en realidad es una especie de auditorio con varios cientos de butacas, los periodistas me asaltan con brusquedad y me preguntan por mis expectativas. No tengo ganas de responder. Agacho la cabeza un poco y sigo adelante, haciendo oídos sordos a sus requerimientos, dejando atrás su bufar de enjambre enloquecido, sus micrófonos y sus cámaras fotográficas que no cesan de emitir fogonazos cegadores.

Mi oponente está de pie junto a la mesa donde se encuentra el enorme tablero de competición. Vamos a jugar sobre una tarima, con público que podrá contemplar la partida en una pantalla gigante situada al fondo del escenario. Quedan diez minutos para que dé comienzo. El árbitro comprueba que se cumplen los requisitos marcados por el reglamento: el reloj, el tablero, las piezas. Un miembro de la organización se ocupa de que los asistentes tomen asiento, y el río de voces superpuestas decrece hasta dejar un hilo de murmullos que acaba por fin disuelto en un silencio angosto, interrumpido aquí y allá por toses intermitentes que nos acompañarán a lo largo de toda la partida. El árbitro nos hace una señal, mi adversario me mira a los ojos esperando un brillo de odio, o cierto rencor que no encuentra. En su lugar, hay compasión y una familiaridad de viejos conocidos que casi podría traducirse por afecto. Le tiendo la mano y el chico de pelo rubio se apresura a estrecharla con extraña vehemencia, quizás concebía el apretón como una suerte de pacto de honor que, para mí, no existe. Nos sentamos y presiono la palanca que inicia la cuenta atrás en el reloj de mi rival. A cada segundo que pasa, su plazo para mover va mermando: 2:00:00, 1:59:59, 1:59:58. Los primeros movimientos suelen ser rápidos, casi mecánicos. Apertura inglesa. La batalla da comienzo.

En el juego del ajedrez, dos bandos se enfrentan con el mismo número de piezas: ocho peones, dos torres, dos caballos, dos alfiles, una dama y un rey. Entre los dos jugadores sólo hay un tiempo de diferencia. El terreno de la contienda consiste en sesenta y cuatro casillas divididas en dos colores. El número de combinaciones posibles en una partida es infinito. A cada jugada realizada se abren múltiples posibilidades, en una progresión geométrica de variantes. Dentro de esas variantes, las óptimas representan una mínima parte que, pese a todo, sigue resultando infinita. La aparición del ordenador hizo pensar que tal vez el problema laberíntico de este juego quedaría definitivamente resuelto por su capacidad combinatoria. No fue así. El ordenador más rápido que pueda concebirse podría, en teoría, calcular la partida perfecta. Para el primer movimiento, sin embargo, se tomaría toda la eternidad. Tenemos, pues, un tablero aparentemente inofensivo, familiar, en el cual está encerrado un universo temporal de innumerables ramificaciones. La cuestión desborda nuestro entendimiento, igual que para

*solares, galaxias, agujeros negros y cometas. De esa naturaleza incognoscible se desprende su atractivo. El ajedrez es, en realidad, una representación a escala de la vida misma.*

*A lo largo de la partida, hemos de dosificar nuestras fuerzas, explotar nuestros recursos al máximo para adaptarnos a una situación que sólo controlamos a medias. ¿Cómo podía yo saber que mi padre se estaba muriendo ayer por la tarde? El componente volitivo lo ponemos nosotros, el contrario introduce el factor suerte. Mañana asistiré al entierro, en el viejo cementerio local, repleto de sencillas tumbas sobre las que crece la hierba y se alza una humilde cruz de madera. Un viejo ajedrecista me dijo que en el juego del ajedrez no se gana, sino que se aprovechan los errores del contrario. De ahí que se trate de un juego de mínimos y no de óptimos. Un buen ajedrecista no pone el énfasis en la victoria, sino en el desarrollo de la partida. La primera es consecuencia directa del segundo.*

*Entre grandes maestros, un simple movimiento decanta el resto del juego. Mi adversario acaba de cometer el error que le costará la partida, y como en una sucesión en cadena, el torneo, el campeonato, el puesto de rey de la montaña, igual que sucede en el juego de niños donde sólo uno permanece sobre un lugar elevado, mientras el resto trata de derrocarlo para sustituirle.*

*Cuando nos volvemos a dar la mano, ambos sabemos que nuestra carrera como ajedrecistas ha terminado. Ayer compré mi billete para Idaho, antes incluso de que Helen me confesara que me abandonaba por otro hombre, y también una caña de pescar. El chico de pelo trigueño me lanza una mirada de culpa, está turbado. Antes de salir del escenario, se vuelve hacia mí y dice:*

*— Lo siento.*

*Suspiro y él se marcha, rodeado del enjambre de periodistas, armados de cámaras y micrófonos, que me aguarda también en el umbral del vomitorio central. Querrán escuchar cómo le dedico el título de campeón a mi padre. No sé si mi oponente me ha presentado sus condolencias por la muerte de mi padre o por lo de Helen. No sé a dónde huirán de su pasado, de mi figura, omnipresente en sus vidas como adversario para el uno, como antiguo compañero sentimental para ella. La verdadera partida de ajedrez se juega con la vida y siempre la acabamos perdiendo. La anestesia de un golpe violento surte sus efectos mientras los músculos están ejercitándose, el dolor aparece más tarde, sorda y repentinamente, como una tormenta de verano. En cualquier caso, he perdido dos seres queridos y ahora que empiezo a enfriarme no sé si podré soportar el zumbido angustioso del enjambre, creo que buscaré una puerta trasera para huir yo también del edificio y tomar el avión, y encajar la caña entre las rocas a esperar que pique algún pez distraído en el lago de mi infancia.*